



Revista Affectio Societatis
Departamento de Psicoanálisis
Universidad de Antioquia
revistaaffectiosocietatis@udea.edu.co
ISSN (versión electrónica): 0123-8884
Colombia

Tipo de documento: Artículo de investigación

2017

María de los Milagros Morales Vázquez y Ricardo García Valdez

DEL EXCESO Y LA CONFIGURACIÓN DE UN CUERPO DESBORDADO POR SU PESO

Revista Affectio Societatis, Vol. 14, Nº 27, julio-diciembre de 2017

Art. # 5 (pp. 88-105)

Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

DEL EXCESO Y LA CONFIGURACIÓN DE UN CUERPO DESBORDADO POR SU PESO

María de los Milagros Morales Vázquez¹

Universidad Veracruzana, México

miljoaqsa@gmail.com

ORCID: 0000-0003-2276-0900

Ricardo García Valdez²

Universidad Veracruzana, México

gavr6004@prodigy.net.mx

ORCID: 0000-0001-8955-4453

DOI: 10.17533/udea.affs.v14n27a05

Resumen

Nos encontramos en una época en la que es común el incremento de cuerpos desbordados por su peso, en muchos casos ocasionado por la hiperingesta de alimentos, esto es, sostenido bajo la insignia del exceso; padecimiento que puede presentarse como un modo de respuesta ante algo de lo propio, de carácter doloroso, a falta de recursos simbólicos que permitan otras formas de responder, menos estragantes, a esa sensación de malestar vincula-

da con la pérdida; condición en la que se torna fundamental la función simbólica que el Otro hace operar a través del vínculo con el alimento, en tanto precedente en el que se gestan los recursos psíquicos para simbolizar el malestar. El presente texto se elabora como parte de los avances de un proyecto de investigación doctoral.

Palabras clave: exceso, cuerpo, alimentación, Otro.

1 Maestría en Psicología en el área de Psicoanálisis: teoría y clínica. Doctorante en Psicología, Universidad Veracruzana.

2 Doctor en Ciencias Sociales en Psicología Social de Grupos e Instituciones. Director del Instituto de Investigaciones Psicológicas de la Universidad Veracruzana.

ON EXCESS AND THE CONFIGURATION OF A BODY EXCEEDED BY ITS WEIGHT

Abstract

We are in an era in which it is common the increase of bodies exceeded by its weight, in many cases caused by the hyper-intake of food, that is, held under the mark of excess. This suffering that can be presented as a way of responding to something of the own, of a painful nature, in the absence of symbolic resources that allow other ways of responding, less destructive, to that feeling of

discontent related to the loss. This is a condition in which the symbolic function that the Other operates through the link with food becomes essential, as a precedent in which the psychic resources are generated to symbolize the discontent. This paper is elaborated as part of the advances of a doctoral research project.

Keywords: excess, body, food, Other.

À PROPOS DE L'EXCÈS ET DE LA CONFIGURATION D'UN CORPS DÉBORDÉ PAR SON POIDS

Résumé

Nous sommes à une époque où l'augmentation de corps débordés par leur poids est courante. L'hyper-ingestion d'aliments, suivant la logique de l'excès, est souvent à l'origine de ce phénomène qui peut se présenter comme une réponse à un malaise propre, manque de ressources symboliques permettant d'affronter cette sensation d'inconfort associée à la perte. La fonction symbolique

que l'Autre opère sur le rapport à la nourriture est fondamentale dans cette condition, en tant que précédent où les ressources psychiques sont conçues pour symboliser le malaise. Ce texte est élaboré dans le cadre de l'état d'avancement d'un projet de recherche doctorale.

Mots-clés : excès, corps, nourriture, Autre.

Recibido: 06/12/16 • Aprobado: 23/01/17

Época de cuerpos desbordados

Nos encontramos en una época en la que el exceso de peso –entendido como un cuerpo desbordado por su propio peso, sea bajo la forma de sobrepeso u obesidad– se presenta como un padecimiento complicado que, en muchos casos, enarbola la marca sobre la que se estructura el exceso. Distintivo en el que suele sostenerse cuando no se deriva de algún problema de salud, y que el sujeto puede llevar a costas aunque le cause malestar, e incluso en detrimento de la vida misma. Esta condición muestra su costado paradójico y estragante, sobre todo cuando se asocia a modos de funcionamiento en los que prevalece una ingesta en demasía.

Frente al incremento estrepitoso del exceso de peso, prevalece la idea de concebirlo como un problema de salud, premisa instituida por el discurso médico que solo contempla una dimensión de este difícil padecimiento: la asociada a las dificultades fisiopatológicas que ocasiona. Lo cierto es que su carácter complejo no se ciñe a tal condición, e incluso puede ir más allá de la misma, lo cual se muestra de diversas maneras, entre ellas, el desinterés que muchos sujetos muestran para atenderse a causa de su peso, o bien en la dificultad que presentan para seguir el tratamiento prescrito por la medicina o por la nutrición, en razón de lo cual el fracaso en su atención persiste, como señalan Guerra, Pousa, Charro y Becoña (2009), Brosens (2009) y Fernández (2005).

Esta complicada situación, como enuncia Cosenza (2014), devela un *impasse* epistemológico en la concepción de las causas del exceso de peso, en tanto no hay consenso sobre las mismas, pues, a pesar de que se privilegie la visión medicalizada que insiste en concebirlo como un problema de salud, sus intervenciones no han permitido avanzar en la atención de los elementos entretejidos en este padecimiento. Este hecho se complica aún más cuando se advierte que, para muchos pacientes, el peso no constituye un problema de salud y, por tanto, no consideran necesario atenderlo, ni siquiera bajo los lineamientos prescritos por la práctica médica o nutricional. De esta manera, se hace evidente que en este padecimiento algo de lo íntimo escapa de ser acogido bajo el paradigma médico.

Cosenza (2013) señala la futilidad de todo intento que, proveniente de la demanda del Otro,³ pretenda imponer la pérdida de peso bajo el imperativo “...¡tienes que adelgazar!” (p. 59), en tanto exigencia a la que difícilmente se ciñe el sujeto, menos aún si no considera problemático su estado, o al menos no bajo la premisa instituida por el discurso médico o nutricional. Esta demanda incluso puede contravenir las implicaciones psíquicas que el exceso de peso puede tener para un sujeto en específico, sobre todo cuando se torna sintomático y, por tanto, preserva cierto equilibrio en sus modos de funcionamiento.

Esta condición devela que, por más intentos que se hagan por ceñir al sujeto bajo el paradigma médico, orientado, como señala Lacan (1970/1992), a representar al sujeto en su totalidad, este evidencia que sus modos de funcionamiento no son reglados por la voluntad ni por la razón, que en este padecimiento algo de lo íntimo insiste –sea bajo la forma de la dificultad para seguir el tratamiento, o bien a través de las inconsistencias o el desinterés ante el mismo–, que escapa de ser acogido bajo la orientación totalizante del discurso de la medicina.

En razón de lo anterior, se interroga el exceso de peso partiendo del sello en el que se estructura el exceso. ¿Cómo pensarlo?, ¿cómo pensar el vínculo entre el exceso y la configuración de un cuerpo desbordado por su peso? Preguntas que ordenan el recorrido a seguir

3 En la obra de Lacan se presentan dos acepciones del Otro: una, puede decirse, alude a ese Otro como función que se encuentra inscrita en el registro simbólico, equiparado con el lenguaje y con la ley, encargado de regular el deseo desde ese registro; la otra acepción corresponde a esa otra escena a la que Freud hizo mención para aludir al inconsciente como estructura. En ese sentido, Lacan dirá que ese Otro corresponde al lugar en el que se inscriben los significantes, a esa alteridad radical en la que está constituida la propia palabra y que regula de manera fundamental el propio deseo y sus desfiladeros; ese Otro tiene el carácter de singularidad inasimilable. Ahora bien, el Otro, como función, puede ser encarnado inicialmente por la madre, en tanto, como señala Evans (1997), “...es ella quien recibe el llanto y los gritos primitivos de la criatura, y retroactivamente los sanciona como un mensaje particular” (p. 143), ocupándose así de poner en palabras y de sancionar, esto es, de transmitir algo de lo simbólico que dote de estructura y de sentido aquello que proviene inicialmente del infante mediante el grito y el llanto, esto es, de simbolizar su malestar.

en este trabajo, cuyas elaboraciones se proponen, “distantes de una postura hegemónica”, como una vía para ampliar las posibilidades de concebir y problematizar este padecimiento.

Del exceso como una respuesta frente al malestar

Si bien el exceso posee distintas acepciones, como lo señala el Diccionario de la Real Academia Española (2017), en su sentido irreductible alude a lo desmesurado, a aquello que se presenta fuera de cierto orden o estructura preestablecida. Por su parte, Dumoulié (2016) señala el exceso como “...el signo del encuentro con una realidad que desborda el significante y las capacidades del concepto...” (p. 274).

Así, el exceso conlleva cierto grado de trastocamiento de lo instituido simbólicamente, lógica cuyos efectos se tornan devastadores para quien los pone en acto; de ello se tiene noticia desde tiempos históricos.

Una referencia al carácter estragante del exceso se encuentra en Aristóteles (1994), quien, en su *Ética a Nicómaco*, se refirió a ello a propósito de los que se encuentran dominados por las pasiones. Así lo señaló: “...los accesos de ira, los deseos sexuales y algunas pasiones semejantes producen manifiestamente trastornos hasta en el cuerpo, y en algunos incluso accesos de locura...” (p. 106).

En esta declaración, Aristóteles reconoce en los accesos pasionales el exceso, estado en el que discierne su carácter devastador, de poder tal que puede trastocar el cuerpo y la razón, pudiendo alterar el curso de la vida. Así mismo, advierte que se trata de una condición complicada, difícil de comprender cuando no se encuentra movilizadora a causa de alguna enfermedad o de disposición genética. Así lo cita: “...sí nos parece extraño que alguien no sea capaz de resistir lo que resisten la mayoría de los hombres, y se deje vencer por ello, no siendo porque de nacimiento tenga tal naturaleza o por causa de enfermedad...” (Aristóteles, 1994, p. 112).

Extrañado por los alcances del exceso cuando no deviene a causa de alguna disposición fisiológica, Aristóteles (1994) considera que se

trata de un recurso del que el sujeto dispone para procurarse un estado placentero, sobre todo ante un estado exacerbado de malestar. Así lo enuncia:

Tendremos que decir por qué razón los placeres corporales se nos muestran como los más apetecibles. Pues bien, en primer lugar porque expulsan el dolor, y, debido al exceso de dolor, los hombres persiguen el placer excesivo, y, en general, los placeres corporales como un remedio a aquél..., el placer expulsa al dolor, ya sea al placer contrario o cualquiera, con tal que sea intenso... (Aristóteles, 1994, p. 120).

Para Aristóteles, los accesos pasionales intensos toman la forma del exceso, lo ubica puesto a operar a nivel del cuerpo como un recurso que sobreviene para mitigar el propio dolor. De esta manera, el exceso puede pensarse próximo a un mecanismo psíquico complejo, en tanto conlleva en sí mismo un grado de solución ante algo doloroso y, en esa medida, de satisfacción, aunque paradójicamente conlleve también lo mortífero para el sujeto. Este hecho remite a vincularlo a lo pulsional, tanto porque opera a nivel del cuerpo y, en ese sentido, comporta satisfacción, como por su costado estragante.

En ese orden de ideas, el exceso de peso, sostenido bajo la marca del exceso, en la forma de hiperingesta, constituiría entonces un modo de respuesta subjetiva frente a algo propio, de carácter doloroso, no consabido. Se torna así un intento de elaboración que puede mantenerse incluso hasta su dimensión estragante, sobre todo en aquellos casos en los que el peso continúa incrementándose y la salud se ve comprometida. Condición que lleva a interrogar aquello que incide de manera tal que el exceso de peso puede constituir un intento de respuesta frente a lo doloroso de carácter íntimo, exponiendo la vida.

Del exceso a la pulsión, su carácter mortífero

Como se dijo antes, la naturaleza del exceso remite a vincularlo con lo pulsional, aquello que Freud (1915/1975) propuso como mecanismo fundamental del funcionamiento psíquico, de índole tal que exige al organismo las tareas más complejas a fin de lograr la satisfacción:

...la pulsión nos aparece como un estado fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante (*Repräsentant*) psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal (p. 117).

De esta manera, y a pesar de la problemática que el mismo Freud reconoce respecto de la elaboración teórica de la pulsión, queda asentado que la concibe como un elemento psíquico cuya intrincación entre lo anímico y lo biológico es ineludible, como un mecanismo de naturaleza tal que puede trastocar bien lo anímico, bien lo corporal, en vías de la satisfacción.

Ahora bien, Freud (1919/1975) reconoció en la pulsión una disposición acuciante a la que consideró "... propiedad universal de las pulsiones y aún, su esencia misma" (p. 117), tendencia en la que lo repetitivo persiste, a la que más tarde denominó compulsión de repetición. Sobre ella señaló:

En lo inconsciente anímico, en efecto, se discierne el imperio de una compulsión de repetición que probablemente depende, a su vez, de la naturaleza más íntima de las pulsiones; tiene suficiente poder para doblegar al principio de placer, confiere carácter demoníaco a ciertos aspectos de la vida anímica... (Freud, 1919/1975, p. 238).

De este modo, Freud (1920-22/1975) advierte en el carácter repetitivo de la pulsión su naturaleza estragante, localizada más allá del principio de placer, en tanto opera en detrimento de la vida misma. Esta condición lo lleva a instituir la pulsión de muerte como ese costado mortífero pulsional que, si bien se moviliza en vías de la satisfacción, esta, en su sentido irreductible, comporta la propia muerte, operación bajo la que se conduce el movimiento pulsional, en el que el principio de placer queda subyugado por el principio de Nirvana, que pugna por "...reducir a la nada las sumas de excitación que le afluyen, o al menos, mantenerlas en el mínimo grado posible" (Freud, 1924/1976, p. 165).

Así, queda instituido el costado mortífero de la pulsión como tendencia predominante en el psiquismo que opera en contraposición

con la pulsión de vida, inclinada a establecer lazos con la vida. Freud (1924/1976) enuncia el imperio de la pulsión de muerte, la supone antecesora a la pulsión de vida y señala que precisa de hacerse un lugar ante la pulsión de muerte, de restarle fuerza, a fin de que ambas puedan coexistir. Así lo cita:

...en el ser vivo la libido se enfrenta a la pulsión de muerte, o destrucción, que impera dentro de él, querría desagregarlo y llevar a cada uno de los organismos elementales a la condición de la estabilidad inorgánica. La tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora; la desvía enviándola en buena parte –y con ayuda de la musculatura–, a los objetos del mundo exterior (...) Pero otro sector no obedece a ese traslado hacia afuera, permanece en el interior del organismo y allí es ligado libidinosamente con ayuda de la coexcitación sexual... (Freud, 1924/1976, p. 169).

De esta manera, si bien Freud (1938/1975) reconoce la intrincación entre ambas pulsiones, enuncia la supremacía de su carácter mortífero al señalar que, si bien una parte de esta está dirigida hacia el mundo exterior, otra parte permanece en el interior de lo propio, como residuo que puede tener efectos devastadores si la libido no tiene el poder de neutralizarla. Ante esta operación, vale preguntarse por aquello necesario para que ocurra tal movimiento libidinal, capaz de neutralizar a la pulsión de muerte.

Bajo la lógica de lo pulsional insistente, el exceso se presenta enramado a ello en tanto comporta lo repetitivo, en este caso, mediante la insistencia en comer en demasía, aunque devenga destructivo.

Al respecto, citamos el caso de A, una niña con exceso de peso. Su madre solicitó atención nutricional para ella por indicación médica debido a su peso. A presentaba dificultad para respirar, sobre todo por las noches, *...tenía períodos en los que parecía que se ahogaba...*, comentó la madre.

La salud de A se vio comprometida a causa de su peso. A pesar de ello, A insistía en continuar comiendo como lo había hecho, en exceso, tendencia en la que la aproximación a lo mortífero ocurrió por

una vía cada vez más directa, con menos rodeos intermediados por lo libidinal que pudieran fungir como barrera. Esta condición evidencia la sutil cesión de la pulsión de vida ante la de muerte, que fue ganando terreno sobre lo libidinal.

En casos como este, en los que el exceso de peso se presenta de manera tal que compromete la vida, nos interrogamos sobre aquello que, aunado a lo pulsional mortífero, posibilita la configuración de un cuerpo desbordado a consecuencia de una ingesta abundante. Casos en los que el vínculo con la comida se devela problemático, sobre todo cuando de niños se trata, en quienes, a diferencia de los adultos con exceso de peso, para que la sobreingesta tenga lugar, se precisa también del consentimiento y complicidad de quien se ocupa de brindar cuidado y atención.

La alimentación y sus contornos subjetivos

Si bien la alimentación comienza por la necesidad, tempranamente se tornará secundaria en el vínculo que se establece con el alimento, encuentro que solo puede tener lugar por la intercesión de quien se ocupa de ofrecerlo, hecho envuelto en una serie de finas manifestaciones de carácter subjetivo que lo tornan fundamental en la configuración psíquica.

Freud (1950[1895]/1975) se encargó de precisar la importancia de la alimentación y sus efectos en el psiquismo. Se trata de un encuentro temprano en el que, al comienzo, el organismo humano, por su condición de desvalimiento, es incapaz de poner coto al malestar experimentado en el propio cuerpo a causa de la necesidad, sensación pujante que, para ser mitigada, precisa del amparo ajeno.

Como establece Freud (1950[1895]/1975), ese auxilio llegará de manera originaria a través del prójimo, encarnado fundamentalmente por la madre, quien tiene la capacidad de aliviar la tensión acuciante sentida por la necesidad, proveyendo al infante de alimento. En este acto, el objeto para aliviar la desazón devendrá objeto libidinal de alcance tal que, dada la cancelación del malestar experimentado a conse-

cuencia del hambre, podrá generar la vivencia de satisfacción, esto es, la sensación placentera que causa el alivio de lo acuciante interno.

Este momento, de profundos alcances psíquicos, no solo mitiga el malestar sino, además, traza los cimientos del deseo y posibilita a su vez que se geste una huella mnémica vinculada a la satisfacción que causa la cancelación de desasosiego. De esta manera, en adelante, cada vez que se experimente la sensación de displacer "...se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera" (Freud, 1900/1975, p. 557).

De esta forma, ese encuentro inicial entre el pequeño ser y quien inicialmente asume la función del prójimo, que es generalmente la madre, constituye un momento fundante en el devenir subjetivo, en el que se gestan los recursos psíquicos de los que dispondrá ese pequeño ser para aliviar el malestar primordial y, a la postre, cualquier sensación de desazón en sus múltiples expresiones, proceso complejo que ocurre no sin contingencias.

La alimentación y sus vicisitudes, incidencias en la configuración del cuerpo

Como se señaló antes, la alimentación encarna una operación que se fragua en la intersubjetividad. En ese encuentro, como señala Amigo (2005), quien asume la función simbólica del Otro se ocupa de dinamizar un entramado pulsional en el que confluyen tanto pulsión de vida como pulsión de muerte; la de vida mediatizada por la pulsión oral a través de la leche, por la pulsión invocante mediante la palabra y por la pulsión escópica intercedida por la mirada. Avivación pulsional hendida por el deseo de ese Otro en su función simbólica, destinada a procurar la vida.

Mas, en ese encuentro inicial con el alimento, también se pone en juego algo de lo pulsional mortífero, movilizado a través del goce

que, de manera inherente, también se presenta cuando la madre ofrece una parte de su cuerpo para alimentar: el pecho.

Este goce se experimenta como parte de la satisfacción sentida en la alimentación. Puede tener distintos derroteros en función de las condiciones psíquicas en las que se encuentre quien asume la función del Otro, en tanto puede privilegiar la posibilidad de simbolizar algo de ese goce mediante palabras que acompañen el acto de alimentar, así como a través de cortes que regulen dicho encuentro.

Mas también puede tornarse goce estragante y tomar la forma de goce mudo, “goce como tal”, como lo llama Miller (2011), “...goce reducido al acontecimiento de cuerpo...”, (p. 10), en este caso, mediante la insistencia en comer en exceso, sin interrupción, sin posibilidades de simbolización. Expresión flagrante de la pulsión de muerte, de la cual Amigo (2005) señala:

...un modo en que se deja ver Tánatos en la pulsión, es por ejemplo aquella situación clínica donde se ve actuar una pulsión sola, no mezclada con las otras. Cuando la comida es sólo comida, entonces es tanática; si una madre diera de comer sólo leche –con el bebé colgado de la teta– estaría vectorializando un goce mortal, no escandido por el significante ni bañado por la mirada. La pulsión erótica se diferencia de la tanática en el punto en que la pulsión erótica está intrincada con otras pulsiones; mientras que un plano de Tánatos pulsional es una pulsión aislada (p. 131).

Siendo así, el encuentro con el Otro se torna humanizador cuando se sostiene en la palabra, cuando esta se privilegia como mecanismo de puntuación del goce, de lo mortífero, inherente en la condición humana.

A través de la palabra, de acuerdo con Amigo (2005), la madre vehiculiza la prohibición mediante cortes que marcan horarios, ritmos y tiempos para alimentar, obturando para, desde lo que a ella corresponde, que la alimentación se torne goce incesante. Con este movimiento se promueve la inscripción al registro simbólico del infante, vasto universo en el que este devendrá como ser de palabra a consecuencia de la intercesión de los recursos que ese Otro pueda

ofrecer para que ello ocurra; lo cual, a su vez, posibilita que lo libidinal gane terreno frente a lo pulsional mortífero.

Como se advierte, la alimentación constituye entonces un acto mediatizado por las condiciones psíquicas de quien asume inicialmente la función del Otro, en el que confluyen tanto su deseo como sus inconsistencias y dificultades. Hecho con el que se encuentra el pequeño ser en ciernes en esta experiencia fundante, que traza los antecedentes de los que puede disponer para hacer frente al propio malestar.

Profundizando en esa experiencia fundante, Lacan (1956-57/2010) señala que el encuentro originario entre el niño y la madre constituye la primera relación amorosa en la que la madre procura objetos para satisfacer la necesidad, uno de ellos es el pecho. Su ofrecimiento se torna un Don de amor.

Aunque cuando la madre toma distancia por las razones que sean, su ausencia es vivida por el infante como una frustración de amor que causa malestar psíquico, desazón que el infante suele compensar invocando al objeto que lo mitiga, que originariamente estaba destinado a colmar la necesidad, de manera que hará un llamado:

... Si el niño llama, si se aferra al pecho y éste se convierte en lo más significativo de todo, es porque la madre le falta. Mientras tiene el pecho en la boca y se satisface con él, por una parte el niño no puede ser separado de la madre, y por otra parte esto le deja alimentado, descansado y satisfecho. La satisfacción de la necesidad es aquí la compensación de la frustración de amor... (Lacan, 1956-57/2010, p. 177).

Así, Lacan señala el lugar que puede ocupar el objeto que originariamente estaba destinado a colmar la necesidad. El alimento, mediante una fina operación, puede devenir objeto para mitigar ya no la necesidad, sino el malestar psíquico que causa la frustración de amor, hecho que ocurrirá, dice Lacan, si la madre falta. Esta falta alude, más que a la ausencia real de la madre, a las dificultades que ella presenta para simbolizar su ausencia y el malestar que ello conlleva.

De manera que la falta de la madre tiene al menos dos vertientes: por un lado, comprende la falla que ella muestra para simbolizar su ausencia, para apalabrarla y mitigar la angustia mortificante vivida por el infante; mientras que su segunda falta ocurre cuando, ante la desazón psíquica, ella aproxima el objeto destinado a satisfacer la necesidad, acercamiento que hace a fin de aliviar el malestar presente en el infante, ya sea que ella ofrezca el alimento, o bien que consienta darlo ante su demanda, no movilizada por el hambre como tal.

De esta forma, la madre, mediante su función simbólica, se ocupa de establecer los precedentes de los que el infante podrá disponer para aliviar su propio malestar. En este movimiento se fragua también la configuración del cuerpo, dado que constituye una construcción que se gesta en función de ese encuentro, de lo que ahí se vehicula, se apalabra, se señala, se toca, se mira, se censura. Sobre ello, Díaz (2003) precisa:

...hacerse un cuerpo, tener un cuerpo y una imagen sólo es posible por la intervención del Otro, del otro semejante que le otorga esa imagen en espejo, representante del gran Otro que, como orden simbólico y como significante, sostiene la unidad de algo ante todo fragmentado (p. 98).

El encuentro inicial entre el infante y quien ocupa el lugar del Otro constituye un encuentro complejo, que puede tomar distintos derroteros e incluso tornarse devastador debido a las condiciones subjetivas de quien asume dicha función.

De esta manera, una muestra palmaria de los efectos estragantes que pueden devenir, a consecuencia de las vicisitudes del encuentro inicial con ese Otro, lo constituyen los padecimientos en los que la alimentación se torna problemática y el cuerpo se encuentra comprometido. Estos comprenden tanto los llamados trastornos de la alimentación, como aquellos casos en los que el exceso de peso tuvo lugar a partir de una ingesta copiosa y recurrente, expresiones del cuerpo en las que "... el ser hablante, con el instinto trastocado, llega a encontrarse lejos de la regulación con que el ritmo del instinto de autoconservación preserva habitualmente la vida en los demás seres vivos..." (Nieves, 2013, p. 5).

A propósito de lo anterior, citamos nuevamente lo que la madre de A comentó sobre su manera de comer: *...veía que empezaba a comer mucho a toda hora, como desesperada, con ansiedad. No sé qué le pasó, empezó a comer así después de que nació su hermanita, desde entonces empezó a subir de peso también. Yo la veía que comía mucho y a veces la regañaba, pero ella no hacía caso, se enojaba y al rato ya estaba igual, comiendo de nuevo. Me daba cuenta de que faltaba comida en el refrigerador, yo sabía que había sido ella pero pensaba que se le iba a quitar, por eso a veces ya no le decía nada, por eso ya no le tomábamos tanta atención...*

Como se aprecia, el exceso de peso en A comenzó luego del nacimiento de su hermana menor, acontecimiento del que se la dejó constantemente al margen. La madre comentó: *...cuando ella quería acercarse a su hermana yo le decía que no lo hiciera, porque era pequeña y la iba a despertar. Cuando me veía sentada en el sillón, dándole de comer a su hermanita, me pedía que la cargara también, como a su hermanita, yo le decía que mejor se acomodara en la colchoneta que estaba en el piso, que ahí estaría más cómoda porque en el sillón no cabía...*

El nacimiento de la hermana menor de A marcó un cambio importante en su historia, ella lo evidencia haciendo la ingesta en demasía, que parece operar como recurso psíquico para hacer frente al malestar que le supone este nuevo acontecimiento: pérdida de amor de ese Otro, del lugar que ocupaba ante ese Otro. Desazón ante la cual el hiperconsumo de comida sobrevino como recurso para mitigar lo angustiante de esa pérdida. Comer en exceso supuso una fina atadura entre el alimento y ese Otro dador de amor que es estructurante.

La insistencia en comer de manera desmedida puede pensarse en A como aquello que Recalcati (2003) formula para pensar una de las formas de la obesidad. Señala que esta puede devenir como una defensa ante la depresión, que implica la pérdida del objeto como una respuesta del sujeto ante la dificultad para simbolizar el daño que le implica, de manera que “...el acto mismo de comer –que la compulsión oral lleva al extremo– es en el fondo, de por sí, una tendencia contraria a la pérdida del objeto introducida por la acción del Otro” (Recalcati, 2003, p. 291). Pérdida de objeto introducida por ese Otro a quien, en su función simbólica, históricamente le corresponde po-

sibilitar la simbolización de dicha pérdida, instituyendo el recurso de la palabra como elemento fundamental que, en alguna medida, dote de mayores posibilidades para apalabrar la angustia que ello conlleva. Precedente que permitirá a ese ser en ciernes tener mayores elementos para contar con recursos simbólicos que le permitan atenuar su malestar psíquico y construirse modos de respuesta más próximos a la vida.

Aunado a lo anterior, en la historia de A se advierte que operó un Otro que, en su función simbólica, consintió en que A se sostuviera en el exceso, permitió ese modo de respuesta en su devenir subjetivo, la ingesta exacerbada la mantuvo instalada en ese lugar. Si bien la madre regañaba o censuraba, no hacía más para hacer operar el corte en acto, de manera que la prohibición resultara efectiva. Contrario a ello, permitía que A comiera con toda libertad, a sabiendas de ello. La dejó al margen de los efectos de la ley, instalada en una suerte de circuito de goce incesante.

Conclusiones

Si bien el exceso de peso se presenta como un padecimiento común en muchos sujetos, es fundamental considerar las diversas implicaciones en las que se estructura, así como contemplar que, aunque pueda tratarse de una misma condición, en cada sujeto tendrá implicaciones psíquicas distintas, que precisan ser discernidas en vías de ampliar las posibilidades de atenderlo.

Habrán casos en los que el exceso de peso se geste a consecuencia de una ingesta desmedida, en los que constituya un modo de respuesta frente a algo de carácter doloroso o angustiante. Esta condición puede sostenerse, de manera perenne, estableciendo modos de funcionamiento que permitan al sujeto sobrellevar esa situación. Mas habrá otros casos, o momentos del padecimiento, en los que el exceso de peso se torne fallido, acercando al sujeto a su propia muerte.

En el caso de niños con exceso de peso a consecuencia de una ingesta excesiva, se advierte, además de las complicaciones que le ocu-

rren al pequeño, la prevalencia de notorias inconsistencias de parte de quien sostiene la función simbólica del Otro, así como de cierta dosis de complicidad, que evidencian dificultades tanto para posibilitar la simbolización del malestar, como para hacer operar la prohibición.

Esta condición lleva a considerar que ese Otro que privilegia la permisividad y presenta dificultad para auxiliar en la simbolización del malestar, ofrece un lugar a ocupar por ese ser en ciernes signado por el rechazo, dejándolo al margen de los efectos de lo simbólico que mitiga el malestar, permitiendo incluso que, sin mediación restrictiva, se haga cargo de cuánto comer, cómo comer y qué comer.

El rechazo se vuelve un lugar que asume ese ser en ciernes, desde el cual hace lazo, y en el cual puede fundar su existencia ante ese Otro, perpetuando así, con mucho malestar incluso, la condición de rechazo en que ha sido instalado, a falta de otras posibilidades para construirse un lazo distinto con la vida menos estragante.

Bibliografía

- Amigo, S. (2005). ¿Qué significa comer? En *Clínica de los fracasos del fantasma* (pp.125-145). Rosario: Homo Sapiens.
- Aristóteles. (1994). Libro VII. En M. Araujo y J. Marías (Trads.). En *Ética a Nicómaco*. (pp.102-121). Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Brosens, C. (2009). Barreras en la adherencia al tratamiento de la obesidad. *Evidencia - Actualización en la Práctica. Ambulatoria*, 12(3), 116-117. Recuperado de: <http://www.foroaps.org/files/bgfbre.pdf>.
- Cosenza, D. (2013). Sin banquete. En *La comida y el inconsciente. Psicoanálisis y trastornos alimentarios* (pp. 35-68). Buenos Aires: Tres Haches.
- _____. (2014). Introducción a la clínica psicoanalítica de la anorexia, bulimia y obesidad. En A. Arenas (Ed.), *Logos 8* (pp. 9-91). Buenos Aires: Grama.
- Díaz, L. (2003). El cuerpo: ese objeto marcado por el exceso del Otro. *Desde el jardín de Freud*, (3), 98-105. Recuperado de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/14389/1/3-8273-PB.pdf>.
- Diccionario de la Real Academia Española (2017). *Exceso*. Recuperado de: <http://dle.rae.es/?id=HCB2Mdi>.

- Dumoulié, C. (2016). La filosofía del exceso. *Praxis Filosófica*, (42), 263-274. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=209045909012>.
- Evans, D. (1997). *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, M. (2005). Experiencias de tratamiento integral de la obesidad infantil en pediatría de atención primaria. *Revista Pediatría de Atención Primaria*, 7 (S1), 35-47. Recuperado de: https://www.aepap.org/sites/default/files/tratamiento_obesidad.pdf.
- Freud, S. (1900/1975). Sobre la psicología de los procesos oníricos. En J. Strachey (Ed.), J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. I (pp. 504-612). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1915/1975). Pulsiones y destinos de pulsión. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XIV (pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1919/1975). Lo ominoso. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XVII (pp. 215- 251). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1920-22/1975). Más allá del principio del placer. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XVIII (pp. 1- 62). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1924/1976). El problema económico del masoquismo. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XIX (pp. 161-176). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1938/1975). Esquema del psicoanálisis. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. XXIII (pp. 133-209). Buenos Aires: Amorrortu.
- _____. (1950[1895]/1975). Proyecto de psicología. En J. Strachey (Ed.) y J. L. Etcheverry y L. Wolfson (Trads.), *Obras completas*, Vol. I (pp. 323-446). Buenos Aires: Amorrortu.
- Guerra, M., Pousa, L., Charro, A. & Becoña, E. (2009). Evaluación de la actitud y las dificultades que los médicos de Atención Primaria tienen ante el diagnóstico y el tratamiento del sobrepeso y la obesidad. *SEMERGEN - Medicina de familia*, 35(1), 15-19. doi: 10.1016/S1138-3593(09)70177-7.
- Lacan, J. (1956-57/2010). La identificación con el falo. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 4. La relación de objeto 1956-1957* (pp. 167-180). Buenos Aires: Paidós.
- _____. (1970/1992). El amo castrado. En J. Granica (Ed.) y E. Berenguer (Trad.), *El seminario de Jacques Lacan. Libro 17: el reverso del psicoanálisis (1969/1970)*. (pp. 91-106). Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J. (2011). ¿Qué es lo real? *Freudiana*, (61), 7-15.

- Nieves, S. (2013). Prólogo. En *La comida y el inconsciente. Psicoanálisis y trastornos alimentarios* (pp. 5-6). Buenos Aires: Tres Haches.
- Recalcati, M. (2003). El demasiado lleno de la obesidad. En *Clinica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis* (pp. 274-299). Madrid: Síntesis.

Para citar este artículo / To cite this article / Pour citer cet article /

Para citar este artículo (APA):

Morales Vázquez, María de los Milagros – Valdez García, Ricardo (2017). Del exceso y la configuración de un cuerpo desbordado por su peso. *Revista Affectio Societatis*, 14(27), 88-105. Medellín, Colombia: Departamento de Psicoanálisis, Universidad de Antioquia. Recuperado de <http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/affectiosocietatis>